

Un jicapextle de identidades¹

María del Carmen Castillo²

Millán, S. A. Oseguera y L. Trejo, (2005) “Identidades vecinas. Relaciones interétnicas en el Istmo de Tehuantepec” en Bartolomé M. (Ed.), *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual*, Vol. II. Pp. 141-170. México, INAH.

Cuando se pisa por primera vez el Istmo de Tehuantepec, es la vista el sentido que queda impregnado de instantáneas donde estalla el color. Sin embargo, fue mi oído, lo que quedó tocado aquel febrero de 2002 cuando por primera vez visité la zona. El viento de las tardes juchitecas remolineaba en mi cerebro mientras, un pitido imaginario, de lo que pudo haber sido el toque del paso del tren de las bayunqueras,³ rebotaba en las cuatro paredes de mi habitación en Matías Romero. Aquella noche cuestionaría la supervivencia de un pueblo que se había quedado sordo ante el sonido que lo fundara. Pero, la pregunta que desde entonces sigo escuchando a quince años de lo sucedido es: ¿cuántas Oaxacas hay en Oaxaca?

No sé si existió aquel Macondo de García Márquez, pero muy probablemente los ventosos parajes istmeños sirvieron de inspiración para construir el paisaje de aquella longeva novela tan delirante, como es el paso de la lluvia entre los resquicios de las calles de Tehuantepec.

El estado de Oaxaca, indudablemente plural en todos los sentidos, cede una interesante particularidad al Istmo. No solamente porque geográficamente es aquel pedazo de territorio nacional donde el país se angosta entre Pacífico y Golfo, sino también, por un conjunto poblacional que amalgama diversas configuraciones étnicas que han terminado por englobarse en



Una de las ermitas que cruzan los caminos en Santa María Tlahuitoltepec. Santa María Tlahuitoltepec, 3 de abril de 2006. Autora de la foto: María del Carmen Castillo.

lo que se denomina “istmeño”. Para mí, los festivos y tradicionales *jicapextles*⁴ pintados con coloridas flores, que en su interior resguardan diversas frutas pinchadas con banderitas de papel picado, son la mejor metáfora de ello. El Istmo es un *jicapextle* contenedor de variadas culturas con banderas propias, que, sin importar cuán distintas sean entre sí, o si a veces una misma fruta comparte bandera, coexisten en un mismo entorno culturalmente cambiante.

Identidades vecinas. Relaciones interétnicas en el Istmo de Tehuantepec busca, etnográficamente, dar prueba de ello a través de un ensayo conformado por una introducción y tres textos que hablan del idilio interétnico que se vive en dicho territorio, donde “lo zapoteco” hace las veces de etnia “alfa” frente a sus vecinos, mixes, zoques, huaves y chontales, sin descartar la presencia de población mestiza mexicana y la procedente de diferentes partes de Europa, Medio Oriente y Asia.

Mientras el horizonte bucólico heredado de Covarrubias se desdibuja tornasol sobre un territorio que interseca vientos étnicos, Millán desde las primeras líneas introductorias, cate-

¹ Reseña del Equipo Regional Oaxaca, coordinado por María del Carmen Castillo y Leopoldo Trejo. Dentro de la línea de investigación “Las regiones indígenas a prueba de la etnografía” (2018) del Programa Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México (PNERIM) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

² Profesora investigadora del Centro INAH-Oaxaca, correo de contacto: carmen_castillo@inah.gob.mx

³ Las bayunqueras eran las mujeres istmeñas comerciantes que viajaban en el ferrocarril ofreciendo distintos tipos de mercancía a los pasajeros.

⁴ Jícara que se obtiene del fruto de un árbol y es pintada a mano con flores. Generalmente se usa como contenedor de fruta.

goriza la zona de estudio (el Istmo de Tehuantepec) como una “región”, tomando como referencia el concepto de “región de refugio” que en 1967 publicara por vez primera Gonzalo Aguirre Beltrán. Con ello, pone de manifiesto su postura teórica para abordar el Istmo como una región de confluencias étnicas ubicada en el suroeste del estado de Oaxaca, que empata con el proceso dominical trabajado por Aguirre Beltrán.

La región del istmo oaxaqueño que se extiende sobre los distritos de Juchitán y Tehuantepec no es ajena a los atributos que Aguirre Beltrán concediera a esos sistemas orbitales llamados regiones de refugio. Como éstas, en efecto, la región istmeña se caracteriza por un sistema de relaciones interétnicas que no sólo pone en movimiento a diversos grupos etnolingüísticos, sino también obliga a que cada uno de ellos se vincule con el resto a través de un centro rector, cuyas dimensiones permiten que asuma una forma de metrópoli (Millán *et al.*, 2005: 143).

Con esa nota el autor afirma que, el Istmo, constituye una *región de refugio* que cumple con las características que otrora se sujetaran como base privilegiada de la acción integradora (indigenista) oficial para la creación de los centros coordinadores del Instituto Nacional Indigenista (INI).

A lo largo de las páginas introductorias elaboradas por Millán se profundiza en la propuesta de análisis de lo que serán las identidades vecinas (huaves, mixes y zoques) dentro de una región de refugio que legitima entonces el uso de un enfoque regional, asumiendo que, la zona de estudio que mostrará (el Istmo), comprende de manera sucinta una unidad integrada por un número de comunidades indígenas heterogéneas organizadas en torno a las ciudades señoriales de Juchitán y Tehuantepec.

Llegados aquí, antes de continuar, me parece pertinente resaltar que, mientras Millán se adhiere a dicha categoría para abordar el tema de identidades y relaciones interétnicas en el Istmo de Tehuantepec, el otro ensayo que habla de Oaxaca, elaborado por Miguel Bartolomé (2005), para el mismo volumen, deja ver un enfoque que pareciera justamente rechazar la categoría de “región”, optando por la de “ámbito”, en el entendido de que la regionalización responde a criterios tan subjetivos y diversos como se quieran construir, y que, desde una visión panorámica como la que él proporciona, no podría mantenerse inalterada al dar cuenta de bastas relaciones interétnicas presentes en el estado. Mención aparte es que el trabajo de campo realizado para ambos ensayos dota, en cada caso, del contexto etnográfico pertinente para sustentar cada propuesta de abordaje antropológico.

Volviendo a la reseña crítica que me compete, lo que vemos en el ensayo del Istmo es puntualmente una compilación de tres textos que corresponden a estudios de comunidad (San Mateo del Mar, San Juan Guichicovi y San Miguel Chimala-

pa) que dejan ver particularidades históricas e identitarias de cada una de las configuraciones étnicas implicadas en la regionalización del Istmo. Con ello se ponen sobre la mesa manifestaciones culturales de cada etnia en un contexto que cotidianamente toca o es tocado por “lo zapoteco” como cultura dominante.

Dice Rodríguez (2009: 17) que, si bien el istmo es un área geográfica clave para comprender el desarrollo regional de nuestro país, se debe en parte a que constituye un espacio social de estratégica importancia que va desde su valor geoeconómico que le confiere el hecho de unir dos grandes océanos, hasta su carácter de reservorio de valiosos recursos naturales que han sido materia de frecuentes disputas; donde, cabría agregar, el carácter fundamentalmente indígena y pluricultural de sus pobladores.

Pensar el Istmo como región ha sido una constante no solo en términos económicos, sino sociales, políticos, y culturales, que se fortaleció con la tarea posrevolucionaria de construir un México como unidad nacional, pero compuesto de singularidades (regionales) que poco a poco se fueron perfilando como estereotipos reproducibles. A saber, “regionalismos” como lo “istmeño”, pronto dotaron de una carga histórica relevante que sirvió tanto para la edificación de discursos, incidencias políticas o como inspiración cinematográfica.



Día de plaza en Santa María Tlahuitoltepec. Santa María Tlahuitoltepec, 13 de diciembre de 2006. Autora de la foto: María del Carmen Castillo.



Honores a la bandera *ayuujk* en Rancho Tejas. Rancho Tejas, 21 de abril de 2011. Autora de la foto: María del Carmen Castillo.

Esta conformación de “lo istmeño” recae para Millán en la gestión que se hace de “lo zapoteco” como fuerte lacre étnico del que también habla Leticia Reina (1995) en la zapotekización de los extranjeros en el Istmo de Tehuantepec. Dicho proceso lo hace empatar con la noción de “región de refugio” donde lo zapoteco ejerce dominio sobre otras culturas minoritarias (su *hinterland*). De ahí que es posible para el autor, hablar de una zapotekización dada por el dinamismo sociocultural presente en la región estudiada en la práctica.

Si este proceso produjo una “zapotekización de los extranjeros en el Istmo”, como Reina lo llama, también dio lugar a una reformulación sustancial de los mecanismos identitarios, que por esta vía convirtieron a la identidad zapoteca en un objeto de valor sumamente apreciado por locales y extraños. De ahí que la “zapotekización” sea un proceso que no sólo habría de afectar a la población inmigrante, sino también a una población indígena que empieza a experimentar una nueva forma de contraste frente a usos y valores que provienen de más de veinte nacionalidades asentadas en su región (Millán *et al.*, *op. cit.*: 145).

De esa población indígena, que empieza a experimentar formas de contraste y adaptaciones, es de donde los autores van a echar mano atendiendo al problema de las minorías étnicas que contempla “su región” y analizar lo que sucede con dichas etnias satélites de lo zapoteco.

Decía Aguirre Beltrán (2009: 77) que el problema de las minorías étnicas se ubicaba a nivel regional y que sólo en ese nivel se debían analizar para evitar graves errores en la conceptualización. Además, si un grupo minoritario era inherentemente distinto y no perteneciente a la sociedad regional, por tal motivo era excluido consciente o incons-

cientemente de la participación plena en la vida de la cultura, ya que el grupo étnico, así separado, era objeto de un tráfico diferente y desigual.

Pienso que éste es el punto que a Millán le interesa introducir para referir el Istmo como una región singular que al mismo tiempo es, y no es, parte de un estilo nacional, pero que se nutre de lo zapoteco para edificarse sirviéndose de minorías étnicas que coadyuvan a lograr sus intereses y por tanto a una visibilidad nacional.

El Istmo de Tehuantepec se propone como una región culturalmente definida que se aparta del estilo nacional, pero sólo en la medida en que el estilo zapoteco logra acentuar esa distancia. Si el primer factor en este proceso responde a una temprana prosperidad en la región —iniciada por el comercio y prolongada más tarde por la introducción del ferrocarril—, los factores adicionales responden a las ideas nacionalistas del progreso que se ponen en marcha durante la primera mitad del siglo XIX. Por diversas razones, que van desde el dominio político hasta la superioridad demográfica, el estilo zapoteco se concibe como el representante de la identidad regional y se convierte por lo tanto en el beneficiario de las políticas nacionales (Millán *et al.*, *op. cit.*: 151).

Lo que este ensayo pondera es la urgente necesidad de dar cuenta de dichas minorías étnicas que rodean “lo zapoteco” y que son constructoras culturales de la región. Sin embargo, no olvidemos que si para Aguirre Beltrán la región estaba dada por las relaciones sociales entre los grupos indígenas, los ladinos y la sociedad mayor, esa misma relación fundamentó su construcción como región esencialmente sociopolítica con un propósito encaminado a modificar el futuro del país. Ya que, como bien menciona Viqueira (2001: 163), la región de refugio constituía en cierto modo una región plan.

La introducción de Millán, donde, intencionalmente, se habla más de lo zapoteco como telón de fondo para el ejercicio antropológico que a continuación hace cada uno de los autores centrado en las “otras identidades”, se pierde, no sin algunas menciones que si bien logran ejemplificar las relaciones interétnicas dadas (tema del volumen), no dan suficientes claves para hablar de una región “zapotecamente” atada, si fuera el caso.

Es interesante ver como en el texto correspondiente a los huaves, Millán también hace uso del término “región” para referir al territorio lagunar compartido por la etnia de los *ikoots*. Cuestión que no se ve en el texto de Oseguera referente a lo *ayuujk* o el de Trejo con los *chimas*. Para Millán la “región huave” constituye ejemplo de un proceso inverso al de otras regiones interétnicas del país donde, para él, la proximidad espacial entre centros rectores y pueblos periféricos se traduce en procesos de aculturación o hibridación más acentuados. Aquí cabe observar que, a diferencia de Millán, que trata lo huave

como región en sí, Oseguera y Trejo abordan lo mixe y lo zoque desde dos comunidades específicas, donde, si bien la etnia de la que habla cada uno está presente, representa una fracción dentro de una posible región mixe o zoque. Pienso que esto no se evidencia metodológicamente y podría responder a que, *estricto sensu* de hacerlo, hubiera sido necesario recurrir a subcategorías de región (sub, micro) u otras conceptualizaciones que dificultaban la articulación de región (Istmo) de refugio. Tener esas subcategorías daría una conformación de diversidades étnicas (de diferente escala) que no permiten el mecanismo dominical como constructo de región.

La caudalosa cantidad de datos etnográficos que incluye el ensayo pudiera detonar en una reseña enumerativa de los mismos. Más allá de eso me gustaría ir cerrando con un par de citas sobre las que me parece pertinente ahondar. En la página 172, Oseguera hace una importante afirmación en cuanto a la etnicidad mixe, diciendo que esta, ha devenido en una edificación de diferenciación como instrumento político y cultural agregando que, “cuando la identidad de un grupo étnico se configura orgánicamente como expresión de un proyecto social, cultural y/o político que supone la afirmación de lo propio en clara confrontación con lo alterno, nos encontraríamos en presencia de la etnicidad” (Bartolomé, 1997: 62). Al mismo tiempo que su texto presenta datos históricos muy valiosos sobre Guichicovi y alrededores, este párrafo deja ver para mí una cosa importante. Si bien, San Juan Guichicovi es un municipio en su mayoría habitado por mixes, representa solamente uno de tantos asentamientos del complejo territorio de los mixes. A pesar de que el total de comunidades mixes se conformaron como un distrito rentístico en 1938, único por adscripción étnica, justamente San Juan Guichicovi junto con San Juan Juquila son los dos municipios que quedan fuera del mismo. Por tanto, hablar de lo mixe desde Guichicovi representa un caso bastante peculiar que puede resultar ambiguo, en términos relacionales, precisamente por su cercanía con lo zapoteco del Istmo y no lo zapoteco de la Sierra, como resulta para la mayoría de los otros municipios mixes.

Dicho lo anterior, podríamos estar frente a una concepción y manifestación de lo mixe muy diferenciada del resto, de lo que podría conformar la también heterogénea pero más estable nación mixe de la zona alta. Con esto quiero sentar que, en términos relacionales, vale la pena repensar el carácter regional de lo istmeño en el sentido de una forma particular de ser mixe “en transición”.

Respecto al texto elaborado por Leopoldo Trejo, vale la pena resaltar que lo zoque encierra otra interesante particularidad que responde a su fragmentación en dos configuraciones estatales distintas: Chiapas y Oaxaca. Los zoques estudiados por Trejo corresponden a los “chimas” de Oaxaca donde, él mismo señala, que “ser chima” sólo puede entenderse en el marco de una eterna lucha que los comuneros zoques libran por la defensa de su territorio, a los que, dicho sea de paso, ahora se agregan tzotziles migrantes (minoría dentro de otra

minoría regional en dado caso) radicados allí. Situación muy diferente a lo que probablemente viven los zoques de Chiapas en términos de identidad.

La lectura general de este ensayo permite advertir una vez más la complejidad relacional de los distintos contextos étnicos del país y la dificultad que supone el uso de categorizaciones que de pronto pueden resultar incomparables. Desde mi opinión, cada una de las identidades vecinas responde a distintos procesos que pertenecen a escalas culturales distintas, que la categoría “región de refugio” no puede abarcar.

Si bien, “la influencia de la cultura zapoteca convierte a ésta en un punto de referencia obligado por medio del cual interactúan el resto de los grupos indígenas de la región” (Millán *et al.*, *op cit.*: 155) lo que cabe es cuestionar si en realidad, la tendencia a insistir en una regionalización particular como la istmeña, problematiza y da cuenta de la cuestión étnica contemporánea o, más bien, si su enfoque sigue siendo parte de una inercia que replica ejercicios del pasado (no necesariamente etnológicos) y que evidentemente buscan responder a otros fines. Dicho de otro modo, el origen de las divisiones regionales proviene de un proyecto de construcción de nación



Vela en Juchitán. Juchitán, 24 de mayo de 2019. Autora de la foto: María del Carmen Castillo.

para el cual los indígenas representaban un problema a resolver (integrar) y no un eje ordenador (si así pudiera llamarse) de la sociedad contemporánea.

En este sentido, merece la pena reflexionar antropológicamente sí aquel *modus operandi*, como reminiscencia del papel de Estado que desempeñaba la antropología mexicana de mitad del siglo xx, nos ha conducido a confundir y fragmentar distintas manifestaciones territoriales, económicas, sociales, religiosas y políticas del país, teniendo como resultado confusas configuraciones de lo regional que poco tienen que ver con sus protagonistas.

Sin duda, el ensayo es un gran aporte en términos históricos y etnográficos que permiten conocer de primera mano a mixes, zoques y huaves pertenecientes a comunidades específicas. Queda ver qué criterios construidos desde una interetnicidad en la *praxis*, que hoy día va más allá de lo que en los años sesenta incluía la llamada región de refugio, permitirían en el caso del Istmo, hablar de una realidad sociocultural estructurada desde las múltiples y disímiles presencias y relaciones indígenas que actualmente comparten un mismo espacio social, político y cultural, que atrás dejaron un mecanismo dominical, si es que una vez existió en esta zona. Y sobre todo cuestionar, si continúa siendo la regionalización el camino para dar cuenta antropológicamente de las incontables Oaxacas dentro de Oaxaca o por extensión, de los muchos Méxicos dentro de México tomando en cuenta las múltiples asimetrías de sus distintos momentos históricos.

Referencias bibliográficas

- Aguirre, G., (2009) *Regiones de refugio. El desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en Mestizoamérica*. México, Universidad Veracruzana.
- Bartolomé, M., (1997) *Gente de costumbre y gente de razón las identidades étnicas en México*. México, Siglo XXI/INI.
- (2005) "La tierra de la diversidad: relaciones interétnicas y procesos identitarios en Oaxaca" en Bartolomé, M. (Ed.), *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual*, Vol. II. México, INAH.
- Reina, L., (1995) "La zapotequización de los extranjeros en Istmo de Tehuantepec" en *Eslabones*, número 10, pp. 73-91.
- Rodríguez, H., (2009) "Presentación" en Velázquez, E., et al. (Coords.), *El Istmo mexicano: una región inasequible. Estado, poderes locales y dinámicas espaciales (siglos XVI a XXI)*. México, CIESAS/Institut de Recherche pour le Développement.
- Viqueira, C., (2001) *El enfoque regional en antropología*. México, Universidad Iberoamericana.

